

Galeno y la medicina romana del siglo II

Santos Liñan

EPOMA. Modalitat Història

Assignatura Història de l'Antiga Roma

Tutor: Carles Buenacasa Pérez

INTRODUCCIÓN

“La gente puede vivir sin médicos, pero no sin la medicina”

(Plinio el Viejo, s. I dC)

OBJETIVO

La finalidad de nuestro trabajo es llamar la atención sobre Galeno, uno de los personajes más importantes en la medicina de todos los tiempos analizando su vida y su obra. Llegó a ser la principal autoridad médica del Imperio romano; y sus enseñanzas y sus teorías sobre la anatomía humana, el análisis de las causas y síntomas de las enfermedades y su tratamiento fueron la norma a seguir hasta la llegada del Renacimiento.

MOTIVOS Y METODOLOGÍA

La aportación de la medicina antigua a la civilización romana, apoyada en las bases de las tradiciones hipocrática y griega, ha favorecido los avances conseguidos en el arte de curar. Su influencia fue tal que los romanos llegaron a adoptar a las deidades griegas relacionadas con el mundo de la sanación: Esculapio, como dios principal de la medicina; Febris, contra la malaria; Bona Dea, diosa de las mujeres y de la fertilidad, etc. Así pues, Roma fue una de las primeras ciudades en introducir medidas de salud pública, tales como el abastecimiento de agua potable limpia o un alcantarillado organizado para la evacuación de aguas residuales. Asimismo, se abrieron los primeros hospitales (*valetudinarium*), en un principio reservados a los ciudadanos importantes y, más tarde, a los soldados e incluso a esclavos beneméritos.

El genio creador de la medicina griega, tuvo su broche de oro con la figura de Claudio Galeno en el siglo II d.C. Nacido en el seno de una familia acomodada, estudió en Pérgamo, Esmirna, Corinto y Alejandría en donde adquirió los conocimientos precisos para llegar a ser la figura que fue.

Su obra de más de 400 volúmenes, de las que se conservan más de un centenar, marcó una época que se mantuvo, durante más de 1300 años, considerada como la guía médica durante la Edad Media y en los que da su interpretación personal de las teorías de la cultura hipocrática de las que fue su gran difusor.

A la muerte de su padre es nombrado médico de gladiadores en el mismo Pérgamo, lo que le permite acceder a conocimientos anatómicos difíciles de conseguir

en aquel momento, dada la rígida prohibición de abrir cuerpos humanos. Con sus métodos consiguió una importante reducción de la mortalidad con lo que se extendió su fama. No obstante describe en su obra “Disertaciones anatómicas”, sus disecciones en animales, contribuyendo al mejor conocimiento de la anatomía. En el 162 d.C) a los 33 años llega a Roma donde rápidamente alcanza un gran prestigio social, impresionando a la élite romana por su gran capacidad médica y su seguridad en si mismo, llegando a ser médico del emperador Marco Aurelio y más tarde de Comodo y de Setpimio Severo.

Tuvo como todos los grandes personajes, opiniones a favor y en contra de su actividad, desde considerarlo el médico más grande de toda la historia hasta los que opinan que no fue superior a los de su época. Fue el gran difusor de las teorías hipocráticas manteniendo la teoría de que es el desequilibrio entre los humores el origen de la enfermedad. Describe músculos y tendones y estudia la función de diversos órganos como el riñón y la producción de orina y afirma que las arterias contienen sangre y no aire como se creía.

El objetivo de nuestro trabajo es llamar la atención sobre uno de los personajes médicos más importantes en la medicina de todos los tiempos

ESTRUCTURA

Nuestro trabajo, lo hemos estructurado en tres puntos:

1. El contexto histórico en el que se desarrolló su actividad,
2. Datos biográficos de su vida.
3. Análisis de su obra científica con especial, con especial insistencia en lo que se conoce como la fisiología galénica.

CONCLUSIÓN

Tras el colapso del Imperio Romano de Occidente (476), la mayoría de sus obras fueron olvidadas en Occidente. En el Imperio Bizantino y en el mundo islámico, por el contrario, se las utilizó profusamente en el estudio de la medicina.

Gracias a la relectura de sus escritos, Galeno pudo volver a Europa Occidental tras el lapso que supuso la Edad Media.

GALENO Y LA MEDICINA ROMANA DEL SIGLO II

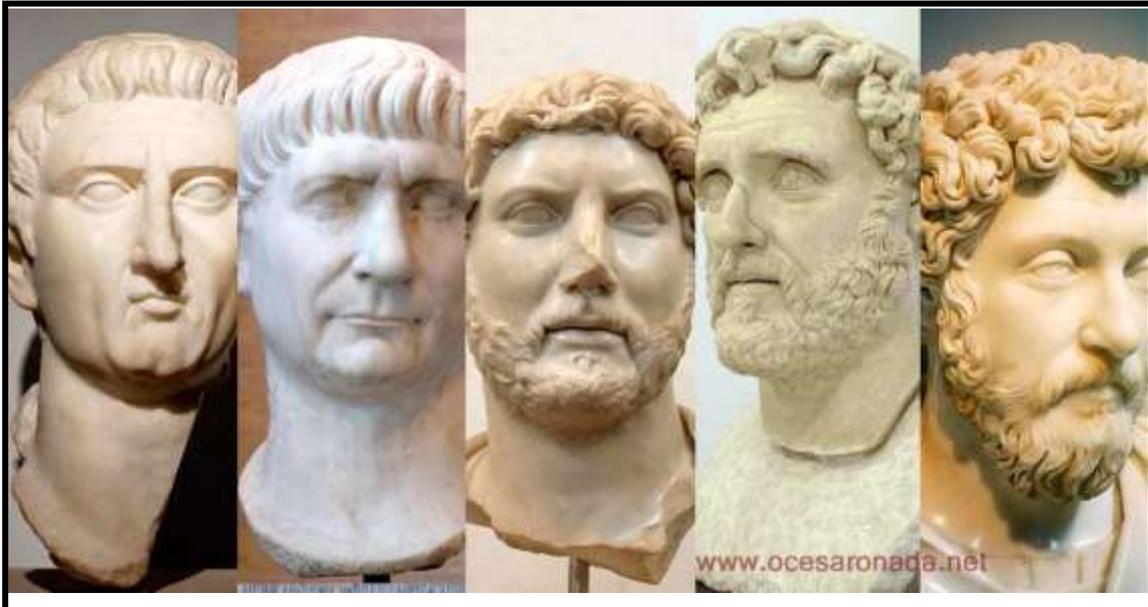
Si algún médico del mundo antiguo romano alcanzó la máxima notoriedad es sin lugar a dudas la figura de **CLAUDIO GALENO**, hasta el punto de que su nombre es en la actualidad sinónimo de “médico”. Su medicina aglutinó todo el fruto de la medicina hipocrática y helenística, y constituyó la base del conocimiento médico de su tiempo.

Es nuestro interés el poner de manifiesto el momento histórico en el que vivió y sobre todo su obra y lo que esta significó para la medicina a lo largo de casi 1.500 años.

1.- CONTEXTO HISTÓRICO: LA DINASTÍA DE LOS ANTONINOS

El siglo II es conocido por algunos autores, como el “siglo de Oro del Imperio Romano” (o, también, el “Siglo Áureo Antonino”). Durante varias generaciones, el Imperio estuvo gobernado por emperadores extraordinariamente capaces. Los reinados de estos hombres fueron largos y prósperos. La sucesión tenía lugar de forma pacífica, cediendo su lugar al más capacitado para ejercer el poder mediante el sistema de adopción entre adultos que la legislación romana permitía. Se conformó así una dinastía conocida como la de los Antoninos (aunque quizás el nombre de Ulpios-Elios-Antoninos fuera más correcto) integrada por Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío, el tándem Marco Aurelio/Lucio Vero y, finalmente, Cómodo.

Durante esta centuria se extendió por todas partes una sensación de plenitud y perfección.



Soberanos integrantes de la dinastía de los Antoninos.

Se construyeron acueductos, nuevas calzadas y grandes edificios públicos. Las fronteras romanas se llevaron más allá del Danubio y eran más seguras que nunca, por lo que el Imperio podía recorrerse de un extremo a otro sin temor. La prosperidad económica llevó de la mano un extraordinario florecimiento cultural.

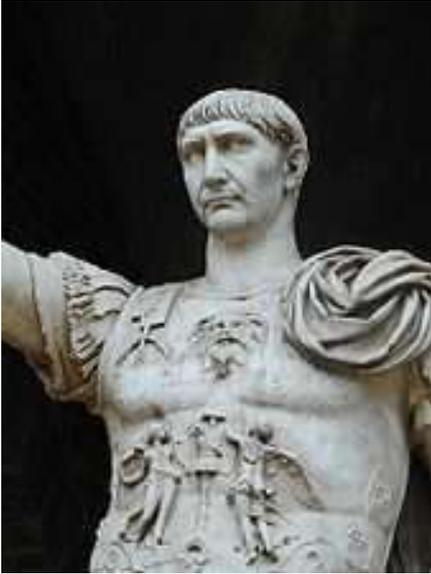
1.1. MARCO COCCEYO NERVA (96-98 dC)

Siendo ya de avanzada edad, Nerva tenía 66 años cuando ascendió al trono. Restauró los derechos abolidos por Domiciano, llevó a cabo una adecuada política social, aunque con importantes costos financieros, pues adjudicó tierra a las clases más deterioradas, por valor de 60 millones de sestercios. No fue hábil en el trato con las tropas, por lo que resultó acosado y menospreciado por Casperio Eliano, comandante de la guardia pretoriana.

Según relata Dión Casio en su libro *Historia romana*, acudió al templo de Júpiter, en el Capitolio, y, depositando sobre el altar el documento de la adopción de Trajano, pronunció la frase: “Que la fortuna asista al Senado Romano, al pueblo y a mí mismo. Ahora y aquí mismo adopto a Marco Ulpio Trajano”. A la muerte de Nerva y tras abrirse su testamento, Trajano, que se encontraba en Germania como gobernador, recibió la noticia mediante un mensaje del Senado, pero Trajano no decidió acudir precipitadamente a la capital, sino que dedicó todo un año a acabar de pacificar las

fronteras. Por la idoneidad de su elección, Nerva, ha sido considerado por los historiadores como un emperador “sabio y moderado”.

1.2. MARCO ULPIO TRAJANO (98-117 dC)



Hasta la muerte de Nerva, el Imperio siempre había sido dirigido por senadores nacidos en Italia. Sin embargo, a partir de Trajano, todos los ocupantes del trono imperial procederán de las provincias.

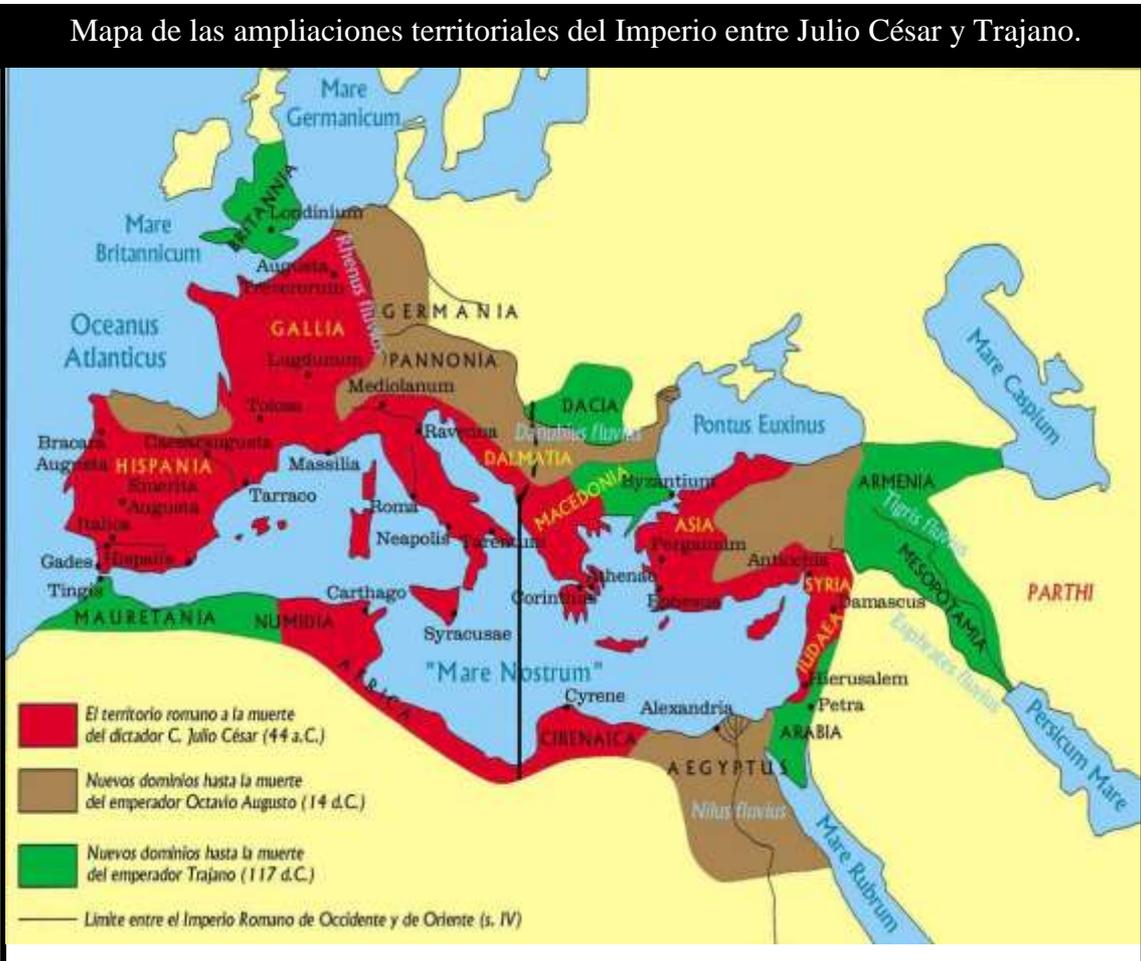
Nacido en Itálica (Hispania) el 18 de septiembre del 52 dC., Trajano pertenecía a una familia senatorial de origen italiano establecida en la península ibérica. Su padre militar y político, había llegado a ser cónsul y gobernador de Siria.

Trajano gobernó Roma durante 19 años y sus contemporáneos le reconocieron numerosos méritos tanto en la paz como en la guerra. De apariencia imponente y majestuosa, y de una voluntad recia forjada en los principales campos de batalla del Imperio, era capaz, al mismo tiempo de mostrar una admirable consideración y una bondad caballeresca. Se convirtió en emperador el 27 de enero del 98, a la edad de 45 años.

Fue precisamente en Siria, durante el gobierno de su padre, donde Trajano comenzó su carrera militar, ascendiendo rápidamente, hasta hacerse con el mando de la Legión VII Gémina en el norte de España. Sirvió como general (*legatus legionis*) en la Hispania Tarraconense, durante el gobierno del emperador Domiciano, a quien prestó ayuda durante la revuelta de Lucio Antonio Saturnino, apoyada por las legiones del Rin. Tras sofocar esta usurpación, así como las insurrecciones bárbaras asociadas, Domiciano le recompensó con el consulado (91 dC).

El gran general, aportó a Roma sus últimas conquistas. Extendió el poder romano más allá del Danubio, reduciendo a provincia romana a los pueblos dacios al mando del rey Decébal. Este monarca había humillado a las tropas de Domiciano y le había obligado a librarle un elevado tributo anual. En sus últimos años de reinado,

conquistó Arabia, Armenia y Mesopotamia, ampliando las fronteras del Imperio también en Oriente, hasta el río Tigris. De esta forma, Trajano abrió una ruta (militar y comercial) que unía las regiones más extremas del Mar Negro con las Galias siguiendo el curso del Danubio, primero, y del Rin, después.



Por lo que se refiere a la administración interna, estuvo ocupado incesantemente en fomentar el comercio y las industrias. Amplió los puertos de Ancona y Ostia, y se construyeron otros nuevos, así como numerosas vías. Numerosas y magníficas ruinas, ya sea en la propia Roma o en sus alrededores, dan testimonio del celo del emperador a la hora de erigir edificios para propósitos públicos.

La principal de estas construcciones es el inmenso Foro Trajano que, por su tamaño y esplendor, supera los foros de sus predecesores. Al final de la estructura, se encontraba la biblioteca Ulpia, en cuyo atrio estaba la famosa columna de Trajano relatando las escenas de sus dos campañas contra los dacios.

Tácito, Juvenal y Plinio el Joven, con quienes el emperador mantenía animada correspondencia, escribieron sobre sus actividades políticas. Este último relata en sus

cartas algunas instrucciones relativas a los cristianos. Siendo legado de Bitinia, Plinio el Joven escribió a Trajano porque no tenía claro cuál era la posición oficial del estado sobre ellos, a lo que el monarca respondió: “Si son conducidos a tu presencia y admiten la acusación, deben ser castigados, pero aquel que niegue ser cristiano y lo demuestre con los hechos, es decir pidiendo clemencia a nuestro dioses, aunque su pasado plantee interrogantes, puede ser perdonado” (Plinio el Joven, *Cartas*, 10, 97). En virtud de este texto, Trajano prohibía buscar a los cristianos. Éstos debían ser denunciados, pero nunca mediante libelos anónimos.

Pasó toda su vida combatiendo, algo que se le daba muy bien. Sin embargo, el paso de los años hizo mella en su estado físico y comenzaba a padecer problemas circulatorios, aunque él pensaba que dichos problemas podían ser resultado de un envenenamiento. Finalmente sufrió un ataque al corazón que le dejó paralizado durante un tiempo, hasta que murió en Cilicia el 9 de agosto de 117 dC.

A su muerte, su esposa Plotina urdió una conjura para designar emperador a alguien de su confianza, aunque no lo era de la Trajano, según relata Dión Casio



Detalle de uno de los paneles de la campaña dacia esculpidos en la Columna de Trajano (Roma).

(*Historia romana*, 69, 1, 1-4).

. Así pues, la consorte imperial no dudó en falsificar la firma del difunto en unos documentos para que el heredero designado fuera Adriano, esposo de la sobrina de Trajano. Fue así como éste fue adoptado como hijo y sucesor de Trajano

1.3. PUBLIO ELIO ADRIANO (117-138)



Adriano nació el 24 de enero del 76 dC, en la gran ciudad de Roma, en el seno de una acomodada familia oriunda de Piceno (Italia), que, a finales del siglo III aC, decidió establecer su solar en Itálica. Falleció en el año 138, cuando ya había cumplido 62 años. No obstante, algunos autores localizan su nacimiento en Hispalis (Sevilla).

Cuando murieron sus padres, fue adoptado por Trajano, también de origen hispano. Durante sus primeros años de juventud, Adriano se sintió especialmente atraído por la medicina, pero renunció a su vocación para dedicarse a la política.

Alcanzó el poder en el 117 dC y gobernó durante 21 años. Si el belicoso emperador Trajano se había distinguido por guerrear contra los pueblos del Cáucaso y Mesopotamia para añadir territorios al Imperio, Adriano fue un emperador más pacífico que sus antecesores, sin que ello signifique que fuera débil o blando. Simplemente, la paz que firmó con los pueblos bárbaros estableció el ambiente para hacer grandes negocios en Roma. La riqueza de Hispania proporcionó al Imperio productos vitales para su economía.

Así pues, Adriano decidió reducir los márgenes del Imperio para protegerlo mejor, pactando con los pueblos de sus fronteras. Aquella medida inteligente permitió un largo período de tranquilidad que facilitó el crecimiento económico, la prosperidad de las provincias y los grandes negocios en Roma. Tan solo libró una guerra, con Judea, al final de su vida, provocada por la refundación de Jerusalén como Elia Capitolina y la construcción de un templo pagano sobre el solar del gran Templo de los judíos. Pese a

ello, Adriano pasó por un hombre pacífico, más volcado a Oriente y menos amante de la milicia y la guerra que Trajano, su padre adoptivo.

La mayoría de los historiadores coinciden en definir a Adriano como un verdadero humanista helenófilo, dedicado a difundir y propagar el helenismo a lo largo y ancho del mundo antiguo. Durante su mandato, Adriano se ocupó de edificar bibliotecas, acueductos, termas, teatros y todo tipo de monumentos, además de fundar ciudades y de construir fortificaciones que aumentaron el poder y la gloria de Roma y de sus ciudadanos. Fue en esta ciudad, precisamente, donde se conserva una de las obras más estrechamente vinculadas a Adriano: el Panteón de Agripa, cuya reconstrucción subvencionó.

En tiempos de Claudio, el afán imperialista del imperio romano había llegado hasta Britania y sus sucesores habían extendido su gobierno hasta la Caledonia (Escocia). Sin embargo, en estas regiones tan septentrionales de la isla, la dominación romana resultaba más teórica que real y las tribus pictas siempre supusieron un elemento de desestabilización para la dominación romana. Para zanjar en la cuestión, Adriano decidió construir una muralla que mantuviera seguras los territorios del Imperio, mantuviera la paz, fomentara la economía y señalara los límites del Imperio; conocida en aquel entonces como el *Vallum Aelium*, hoy se la conoce como el Muro de Adriano. Se comenzó a levantar el año 122 y su longitud alcanzó los 117 km. Fue construido por los legionarios romanos mismos, y se necesitaron 15.000 hombres trabajando durante 6 años. A lo largo de la muralla se instalaron diversos tipos de construcciones: torres, puertas fortificadas y campamentos. Estos últimos fueron muy importantes, y no solo por cuestiones militares pues, según estudios recientes, al lado de estos fuertes se establecieron asentamientos civiles, siendo el más conocido el caso ofrecido por el campamento de Vindolanda.

Como consecuencia de sus actos y decisiones, durante la mayor parte de su mandato Adriano debió soportar el desprecio de la clase militar, incluso tuvo que afrontar una serie de complots que buscaban destituirlo de sus funciones como emperador.

La grave enfermedad cardiorrespiratoria que sufría el emperador le obligó, a partir de un determinado momento de su vida, a llevar un género de vida caracterizado por un reposo permanente, tal como él mismo quiso consignar en sus escritos:

“Continuamente notaba en el pecho la oscura presencia del miedo, una opresión que no era todavía dolor, pero sí su primer síntoma”.

Restos actuales del Muro de Adriano.



Su cada vez más acuciante falta de salud no le impidió, no obstante, continuar ocupándose del gobierno del Imperio, lo que lo llevó a experimentar situaciones tales como estar presente en el Senado recostado en su propia litera, e incluso pronunciar sus últimos discursos en esta misma condición, postrado sobre el lecho que se convirtió en la morada de sus últimos momentos: “Me hice llevar en litera al Senado y pedí permiso para pronunciar acostado mi discurso”. Una vez muerto, se le enterró en el magnífico mausoleo que se había hecho construir y que hoy en día preserva la recia estructura del Castel Sant’Angelo, junto al Tíber, en Roma. Cuenta la tradición que, sobre la puerta, un epigrama funerario compuesto de la mano del emperador mismo recordaba a quienes traspasaban aquel umbral la brevedad de la vida.

1.4. ANTONINO PÍO (138-161)

A su muerte, la tranquilidad de los tiempos de Adriano continuó durante el reinado de Antonino, un hombre bondadoso y clemente a quien el Senado denominó como “Pío” (es decir, “el piadoso”). Durante su reinado no cometió ningún acto cruel sino todo lo contrario: “Parecía no un emperador sino un padre quien estaba al frente del Imperio” (*Historia Augusta*, “Vida de Antonino, 2, 1-2).

Militarmente, su reinado tuvo poca relevancia ya que no amplió fronteras, sino que se dedicó a mantenerlas. En cambio, dejó un buen recuerdo por las bondades de su administración, pues aportó dinero de su peculio privado y, a su muerte, las arcas públicas se encontraban saneadas. A su muerte fue divinizado por el Senado con un asentimiento unánime y decretaron todos los honores debidos a los mejores emperadores.

1.5. MARCO AURELIO (161-180) Y LUCIO VERO (161-169)

A su muerte, por primera vez en la historia del Imperio, dos herederos compartieron el trono: Lucio Vero (quien murió pronto, en el 169) y Marco Aurelio, a quien la historiografía antigua y moderna considera un magnífico gobernante: “De su padre recordaba su carácter discreto pero fuerte, y de su madre, el respeto a los dioses, su generosidad y el alejamiento de la forma de vida propia de las clases pudientes” (Marco Aurelio, *Meditaciones*, 1, 1-5).

Con todo, fue durante su gobierno que comenzaron a aparecer los primeros síntomas de que la “edad de oro” estaba llegando a su fin y las defensas del Imperio volvieron a estar en peligro. Desde los tiempos de Trajano, la iniciativa militar más allá de las fronteras se había detenido y, alentados por este inmovilismo, los bárbaros, ansiosos por alcanzar las riquezas de Roma, acosaban ahora todos los límites del Imperio. Cuando los ataques eran lanzados por guerreros, las legiones romanas podían rechazarlos con cierta facilidad. Pero pronto comenzaron a llegar tribus enteras: hombres, mujeres, niños y ancianos, grandes oleadas de gente hambrienta llegadas de Europa Central y las estepas rusas. Estas masas migratorias, detenidas contra la barrera que marcaba el límite del Imperio, no buscaban presentar batalla, sino nuevas tierras en las que asentarse, y contra ellos no cabía emplear el recurso de las armas.

El Imperio, que con Trajano había alcanzado su máxima expansión, comenzó a contraerse a partir de Marco Aurelio. Este príncipe filósofo, amante de la paz y autor de algunas de las obras más interesantes del pensamiento romano, se vio obligado a combatir sin descanso en la frontera del Danubio. Pero Roma ya no peleaba para conquistar nuevos territorios, sino para defenderse, y a partir de este momento, cada derrota supondría la pérdida de una parte de sus dominios.

1.6. EL FIN DE UNA ÉPOCA: CÓMODO

Para acabar de empeorar las cosas, un hombre tan sabio como Marco Aurelio se dejó cegar por el afecto a los de su propia sangre, rompiendo el excelente sistema de sucesión electiva que tan bien había funcionado durante todo el siglo. En lugar de elegir al hombre más adecuado para sucederle, entregó el Imperio a su hijo Cómodo, a pesar de que éste había dado muestras de una crueldad que el ejercicio del poder sólo podría acentuar. Tal como lo describe, Herodiano, Cómodo era: “Un hombre de aspecto impactante, con armonía de cuerpo y de aspecto agradable y viril; la mirada cálida y su cabello rubio y rizado que cuando lucía el sol, algunos lo veían rodeado de una celestial aureola” (*Historia del imperio tras la muerte de Marco Aurelio*, 1, 7, 56, 8, 1).

En un principio, Cómodo respetó a los amigos de su padre y se dejó guiar por sus consejos. Sin embargo, más tarde, tras nombrar a Perennio como comandante de la guardia pretoriana, su forma de vida cambió, malgastándola en placeres y alcohol.

Así pues, con el reinado de Cómodo, acababa la “edad de oro” del Imperio y comenzaba la “edad de hierro”. Su primera decisión fue firmar apresuradamente la paz con los bárbaros. Incapaz de enfrentarse con valor al enemigo, era sin embargo un gran aficionado a los combates de gladiadores, y le gustaba mezclarse con estos hombres de tan desprestigiada condición, contra quienes combatía con espadas sin filo y tridentes sin punta.

De regreso a Roma, Cómodo dio rienda suelta a su carácter violento y a sus delirios de grandeza. Ordenó a los romanos que le rindieran culto como si fuera la encarnación de Hércules; cambió a su antojo los nombres de los doce meses dándoles una denominación sacada de su estafalaria titulación imperial; e, incluso, tras un incendio que destruyó una parte del centro de Roma, decidió que, tras su reconstrucción, la ciudad pasaría a denominarse “Colonia Nova Comodiana”.

Según se cuenta, el primer día del año 193, buscando agradar a los dioses, tenía planeado sacrificar a los dos cónsules electos, una vez que éstos, ignorantes de su destino, concluyeran el desfile ritual que inauguraba el año y daba inicio a su consulado. Por ello, la víspera antes, la del 31 de diciembre del 192, para evitar que llevara a cabo sus planes, fue estrangulado en el baño por uno de sus esclavos, con la connivencia de la guardia pretoriana y de algunas personas de su confianza, entre las cuales, su favorita Marcia.

A su muerte, se inició un período de guerra civil que duró poco más de cuatro años y que vio cómo cinco candidatos compitieron por el trono imperial entre sí. El vencedor sobre todos ellos fue Septimio Severo, fundador de la dinastía que lleva su nombre.

1.7. EL ASCENSO DE UNA DINASTÍA: LOS SEVEROS

A la muerte de Cómodo, el Senado intentó controlar la sucesión imperial y convertirse en el aval de la legitimidad. Sin embargo, fue el ejército quien acabó imponiendo a sus candidatos y, desde entonces, el Senado perdió ya de manera definitiva cualquier protagonismo en las designaciones imperiales. En lo sucesivo, será la fuerza de las legiones la que decidirá quién se hacía con las riendas del Imperio.

Para conseguir el trono, Septimio Severo (ocupando el cargo de gobernador de Pannonia) tuvo que luchar, principalmente, con Pescenio Níger (gobernador de Oriente) y con Clodio Albino (gobernador de Britania), que acabaron viendo frustradas sus



ambiciones y perdieron la vida en el intento. Se instauró así una dinastía cuyo fundador procedía del norte de África (Libia) y cuyo linaje heredaría tanto esta ascendencia paterna como la procedencia oriental de la consorte imperial, Julia Domna (perteneciente a la familia real y sacerdotal de Emesa).

Septimio Severo era un hombre culto y conocedor de la filosofía, pero

se le recuerda, sobretodo, por su fama militar, pues jamás abandonó una batalla antes de declararse vencedor. Engrandeció el Imperio sometiendo al rey de los persas, convirtiendo Arabia en una provincia romana y pacificando el norte de Britania. Casado con Julia Domna, mujer de gran belleza e inteligencia política que le acompañó en todas sus campañas, tuvo como médico a Galeno, a quien patrocinó la reconstrucción de la biblioteca destruida años antes durante el incendio acaecido en tiempos de Cómodo.

Este emperador rudo, pero buen administrador, impuso un breve período de estabilidad. Su primogénito y sucesor, Caracala, es recordado en todos los libros de Historia por haber concedido la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio en el año 212.

La condición de ciudadano había sido un codiciado bien que, a comienzos del Imperio, estaba al alcance de muy pocos. Sin embargo, en los siglos I-II dC, se había ido extendiendo progresivamente. La medida de Caracala no sólo supone el lógico final de este proceso, sino que puede explicarse fácilmente porque, en realidad, estaba destinada a aumentar la base de contribuyentes y poder pagar así una mayor soldada a las tropas. No tuvo demasiada trascendencia práctica, pero sí simbólica.

Con la medida de Caracala, Roma había dejado de ser una ciudad que gobernaba a los territorios conquistados sobre la base de la diferencia entre romanos y no romanos, para convertirse en un Imperio unificado socialmente en el que todos sus habitantes eran iguales, sin importar su lugar de nacimiento ni su extracción social (siempre que fueran libres de nacimiento). Estas transformaciones, casi imperceptibles para sus contemporáneos, conducirían poco a poco a que Roma fuera una ciudad más dentro de su propio Imperio, y acabarían dando inicio a su lenta decadencia.

2.- BIOGRAFÍA DE CLAUDIO GALENO (130- 200 dC)



2.1. DATOS BIOGRÁFICOS

Nació y creció en Pérgamo (Bergama en la actualidad) que, aunque geográficamente la localizamos en la actual Turquía, en aquel tiempo formaba parte del mundo helénico. Su nacimiento tuvo

lugar tres años después de que aquella hermosa ciudad griega hubiera sido conquistada por los romanos. Era una metrópolis bulliciosa y floreciente que contaba con una biblioteca que bien podía vanagloriarse de rivalizar con la famosa Biblioteca de Alejandría, en Egipto.

Nacido en el seno de una familia acomodada con elevados recursos económicos, recibió una buena educación y sus pasos fueron dirigidos hacia la carrera político/militar. Sin embargo, según se explica, su padre Nicón tuvo una visión del dios Asclepio en la que le pedía que su hijo se dedicara a la medicina. Éste obedeció el dictado del sueño tal como el dios instruyó y, durante los cuatro años siguientes, Galeno estudió con los médicos que trabajaban en el santuario de Esculapio.

Nicón era un arquitecto a quien Galeno describió como inteligente, controlado y generoso; con un modelo de pensamiento basado en las matemáticas e inclinado a las opiniones emocionales que no podían demostrarse con precisión lógica. El padre de Galeno cuidó que la educación de su hijo fuera completa y humanista, especialmente centrada en el conocimiento de la literatura griega clásica, la retórica, la dialéctica y la filosofía. Por ello, Galeno estudió en las mejores escuelas del momento: Esmirna, Corinto y Alejandría.

La relación con su madre no parece haber sido tan buena, tal como puede comprobarse en el retrato diferencial con que los caracteriza en su libro *Sobre las pasiones y los errores del alma*. Así pues, mientras que a su padre lo describe en los siguientes términos: “Disfruté de la buena fortuna de tener el menos irascible, el más justo, el más devoto, y el más bondadoso de los padres”; de su madre destacaba su egoísmo: “Cuando comparé las nobles acciones de mi padre con las pasiones vergonzosas de mi madre, decidí abrazar y amar las obras de él y huir y odiar las pasiones de ella”.

A los 19 años, muere su padre y hereda su fortuna, lo que le permite viajar por la Europa de su tiempo e, incluso, por el norte de África. A los pocos años, regresa a Pérgamo, donde ejerce como médico de los gladiadores del anfiteatro durante cinco años. Gracias a su experiencia con las heridas que éstos sufrían en la arena y con su forma de actuar frente a ellas, consiguió reducir la mortalidad y alcanzó gran fama profesional.

En el año 162, contando 33 años, se trasladó a Roma donde, gracias a sus habilidades médicas dando diagnósticos que resultaron acertados, obtuvo un gran éxito entre las clases aristocráticas, aunque no pudo evitar suscitar envidias entre sus compañeros de profesión. Estos hechos provocaron que regresara a Pérgamo en el año 166 dC por miedo a perder la vida.

Durante un tiempo, Pérgamo volvió a ser su lugar de residencia. Siete años más tarde, Galeno regresó a Roma a petición del emperador Marco Aurelio. Se inicia así la etapa de gran esplendor de su vida, cuando se convirtió en médico personal de varios emperadores: Marco Aurelio, Cómodo, Septimio Severo y Caracala.

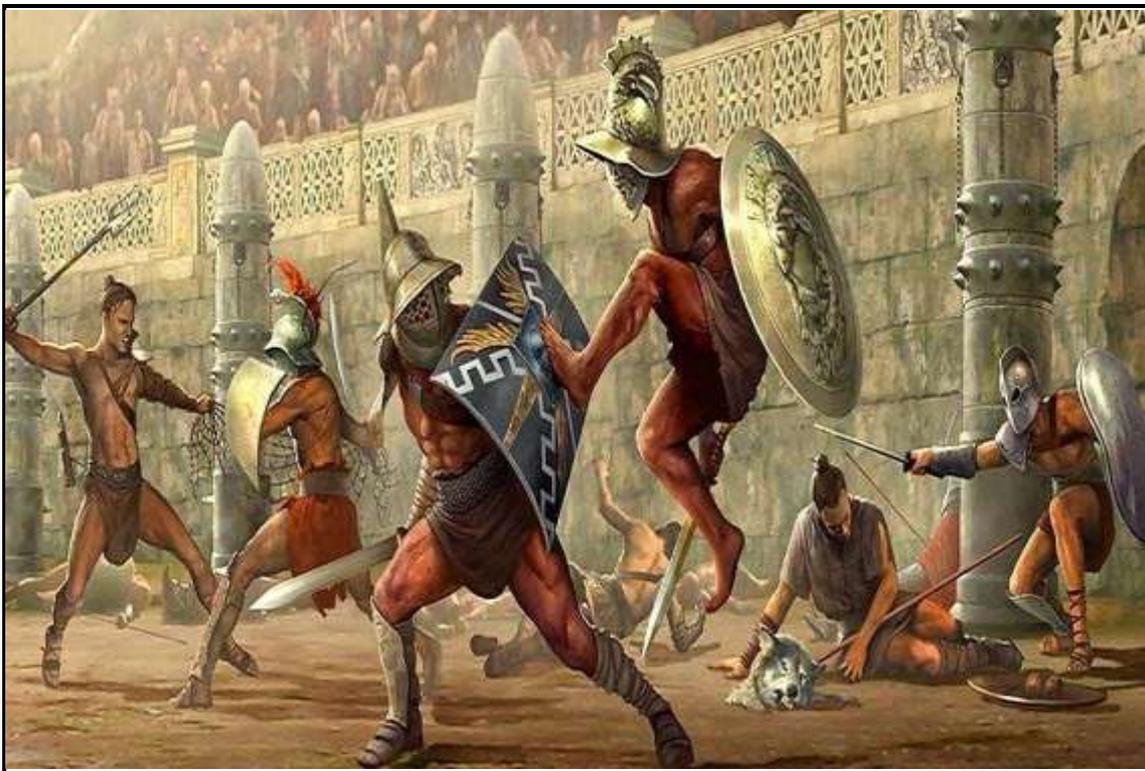


Imagen idealizada de un combate de gladiadores.

Durante su estancia en Roma, tuvo ocasión de ser testigo de un acontecimiento muy importante: la “peste de los Antoninos” (165-170), llamada de esta manera por aparecer durante el gobierno del emperador Marco Aurelio (del linaje de los Antoninos).

En realidad, esta “peste” fue una epidemia de viruela. Se sabe que se inició en Roma en el año 165 y que, probablemente, el germen fue traído por los soldados que

regresaban de Oriente Próximo tras haber luchado contra los partos. Galeno describió la sintomatología que manifestaban sus pacientes de la manera siguiente: “ardor inflamatorio en los ojos, enrojecimiento de la cavidad bucal y lengua, aversión a los alimentos, sed intensa, sensación interior de abrasamiento con piel enrojecida...”.

Otro hecho importante que marcó su vida tuvo lugar en el año 191, momento en que se produjo un incendio en el Templo de la Paz (en el foro de Vespasiano, en Roma). El fuego destruyó numerosos escritos que Galeno guardaba allí con gran cuidado, entre ellos, varios de sus escritos.

“La peste de los antoninos”

Esta afección comenzó a extenderse por Occidente en el año 165 y duraría hasta el 180, se estima que, convertida en una mortífera pandemia, se cobró la vida de cinco millones de personas en todo el Imperio.



La epidemia tuvo drásticos efectos sociales y políticos en todo el Imperio Romano. El mundo antiguo nunca se recuperó del golpe asestado a ella por la peste que lo visitó en el reinado de Marco Aurelio

Según sus anotaciones, que apuntó en uno de sus tratados, la enfermedad se caracterizaba por **fiebres, diarrea, inflamación de la faringe y erupciones secas en la piel**. En la actualidad, algunos analistas creen que se pudo haber tratado de una epidemia de viruela o sarampión

Esta tragedia le afectó sobremanera y, durante el resto de su vida, no dejó de intentar recuperar parte de ellos. Julia Domna, la esposa de Septimio Severo, de quien también fue médico personal, le proporcionó los medios para ello como recompensa por sus servicios.

2.2. OBRA CIENTÍFICA DE GALENO

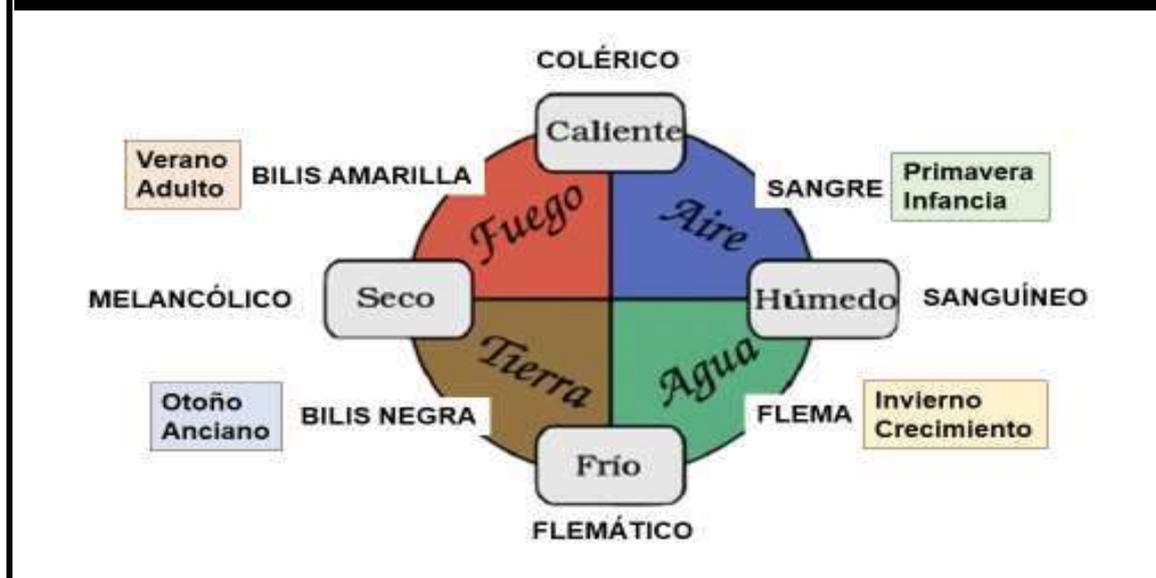
En su obra, Galeno intenta reunir todas las corrientes filosóficas y médicas del momento, con la idea de formar un concepto detallado y sistemático.

Pese a las limitaciones que impedían en aquella época abrir los cuerpos humanos de forma indiscriminada, Galeno creía que la anatomía era la base del conocimiento. Sus conocimientos anatómicos se derivan, casi exclusivamente, del estudio de los esqueletos y de la aplicación al ser humano de lo observado en diferentes animales, sobre todo monos y cerdos. Puesto que sólo pudo estudiar la anatomía ósea, y no la de las partes blandas, éste es el motivo de alguno de sus errores, ya que consideró que la anatomía de los animales era semejante a la de los humanos.

Su experiencia en el campo de las heridas traumáticas de los gladiadores le permitió demostrar la existencia de muchos músculos y tendones (cabeza, cuello, tronco y extremidades). Pero no solamente sus conocimientos se redujeron a este campo, sino que además estudió la función renal y la producción de orina, relacionó el cerebro con la laringe en la emisión de la voz y desveló los seis músculos oculares. Asimismo, demostró que las pérdidas de sensibilidad y las parálisis aparecían después de la sección de determinados nervios o de la médula espinal a diferentes niveles. Famoso resultó su diagnóstico mediante el cual relacionó la parálisis de los tres dedos de la mano de un filósofo con una lesión localizada en la columna vertebral.

Al mismo tiempo, reconoció los logros alcanzados por Hipócrates y transformó la “Teoría de los humores”, en un sistema de tétradas, donde mostraba la relación entre estos humores y diferentes entidades (sangre asociada al calor, humedad, primavera e infancia, etc.). La medicina hipocrática se basaba en la existencia de cuatro humores (sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema) activos y constituidos por elementos de la naturaleza (aire, tierra, agua y fuego). Era de su equilibrio que dependía la salud.

La tétrada de los humores propuesta por Galeno.



Cada uno de estos humores se genera en un órgano: 1) la sangre en el corazón; 2) la flema en el cerebro; 3) la bilis amarilla en el hígado; y 4) la bilis negra en el bazo. La sangre es caliente y seca, como el aire, y aumenta en primavera. La bilis negra, cálida y húmeda como la tierra, aumenta en otoño. La flema, fría y húmeda como el agua, aumenta en invierno. Y, por último, la bilis amarilla, fría y seca como el fuego, aumenta en verano. La enfermedad comportaba la *dyscrasia* (o “desequilibrio”) y la salud, la *ectasia* (o “equilibrio humoral”).

Sus ideas sobre la anatomía humana y la observación de las causas, síntomas y tratamientos de las enfermedades se convirtieron en leyes durante más de 1.300 años. Sus disecciones en animales le permitieron notables adelantos en el estudio, por ejemplo, de las estructuras y funciones del cerebro. Adquirió una idea más clara que sus antecesores sobre la circulación de la sangre y realizó una justa valoración del pulso como método de diagnóstico.

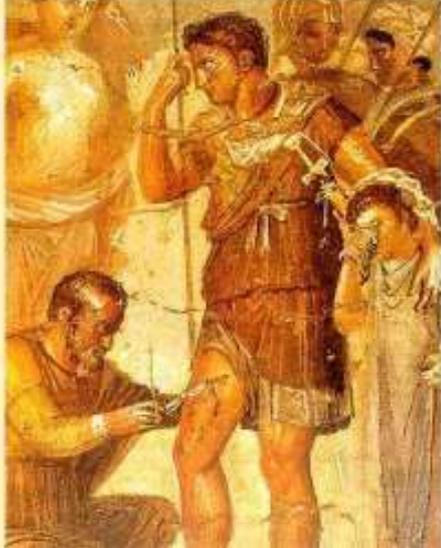
Su principal aportación en el terreno de la filosofía médica fue romper con la tradición de Hipócrates, quien pensaba que las enfermedades consistían en un desequilibrio de los humores; en opinión de Galeno, éstas se producían por una lesión orgánica o una alteración funcional específica. Promovió la experimentación y puso al día los conocimientos antiguos a la luz de su propia experiencia, una actitud fundamentalmente científica que le convierte en el más grande médico de la antigüedad y en el precursor de la medicina moderna. Por ejemplo, atando los uréteres, aclaró que

la orina formada en los riñones llegaba a través de ellos hasta la vejiga, en contra de lo que había afirmado Asclepíades.

En el cuadro inferior, se explica la idea fisiológica galénica del organismo, con la presencia de tres espíritus: el natural (ubicado en el hígado), el vital (localizado en el corazón y tórax) y el animal (en el cerebro); cada uno con sus funciones específicas.

Cuadro explicando las funciones de los tres espíritus según Galeno.

"La única diferencia entre los ladrones y los médicos de Roma, es que mientras los ladrones matan en el campo, los médicos en cambio, lo hacen en la ciudad"
Galeno.



ESPÍRITU NATURAL.
HIGADO –
Espíritu natural, responsable de las diversas funciones de los órganos del abdomen.
Funciones vegetativas

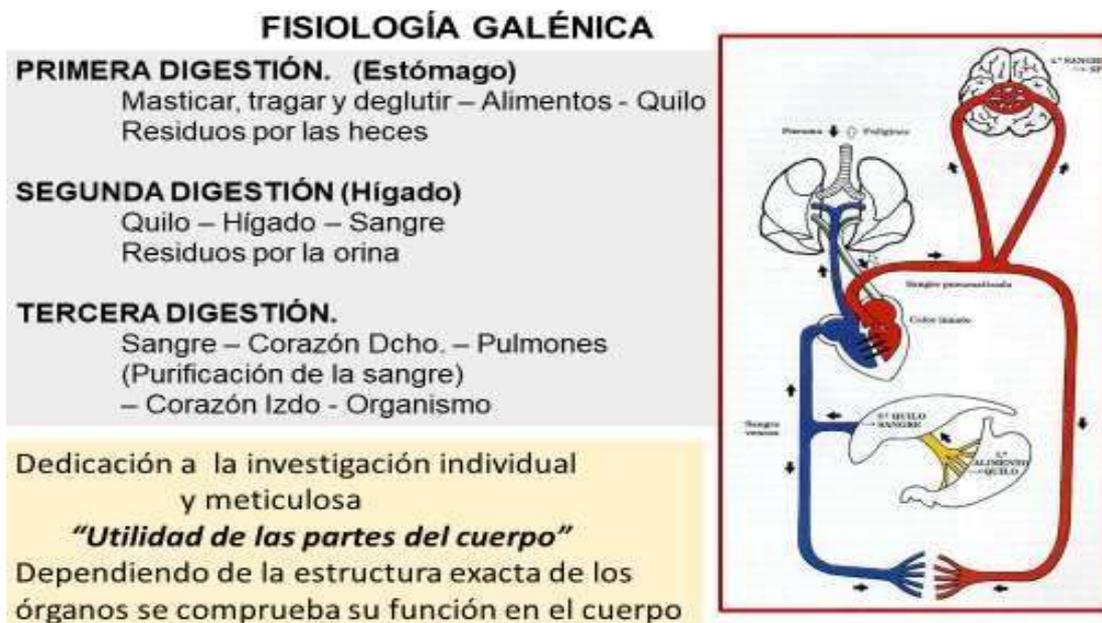
ESPÍRITU VITAL.
TÓRAX Y CORAZÓN. –
Funciones que mantienen de la vida (latido cardíaco, pulso). Difunde por las arterias

ESPÍRITU ANIMAL.
CEREBRO.
Funciones complejas
Alma racional.

En el campo de la medicina, se dice que compiló todos los conocimientos médicos griegos y romanos significativos hasta la fecha, a los que agregó sus propias observaciones y teorías.

Fue un escritor muy prolífico, pues llegó a escribir más de 400 obras (sólo se conservan unas 150, que ocupan 22 volúmenes). En ellas ofreció una sistematización del saber médico antiguo basado, sobre todo, en la tradición hipocrática, en la literatura filosófica y biológica de Aristóteles y en sus propias aportaciones, incluyendo de forma esporádica elementos aislados de otras tendencias.

Su idea de la circulación era la siguiente: una parte de la sangre fluye, a través de las venas, hacia la periferia del cuerpo (órganos), pero la mayor cantidad va al corazón. Allí, la sangre es limpiada en la mitad derecha y sale por la arteria pulmonar. El resto pasa, según sus ideas, a través de unos poros del tabique del corazón a la mitad izquierda de éste, donde se encuentra el “calor innato”. Es aquí donde la sangre se mezcla con la *pneuma* (o *spiritu vitalis*), que transporta las fuerzas del espíritu y, al mismo tiempo, transmite las fuerzas corporales al espíritu. La idea no era mala, pero sí incorrecta, pues no existen dichos poros entre ambos ventrículos, salvo en alguna malformación cardíaca.



(Cuadro explicando la fisiología galénica de la circulación de la sangre.)

Afirmó también que las arterias y las venas se unían entre sí en toda la extensión del cuerpo intercambiando sangre y humores a través de unos pequeños “poros”; y corrigió el error de Alcmeón de Crotona al asegurar Galeno que por las arterias circulaba sangre, y no aire. Por el contrario, consideró que la sangre no circulaba, sino que tenía un movimiento de vaivén, un error que se mantuvo durante los siglos posteriores.

Hasta los tiempos de Galeno, la terapia solamente se basaba en la experiencia del médico junto al paciente (medicina empírica). Galeno la colocó sobre una base racional, separando el tratamiento preventivo (eliminación de las causas) del tratamiento sintomático (estableciendo una cierta dosificación de los medicamentos).

La teoría humoral, ofrece tres puntos de vista diferentes sobre el tratamiento: la regulación de la forma de vida (dietética), el tratamiento con medicamentos y la eliminación de los humores dañinos.

2.3. PERDURACIÓN DE LA OBRA CIENTÍFICA DE GALENO

Tras el colapso del Imperio Romano de Occidente (476), la mayoría de sus obras fueron olvidadas en Occidente. En el Imperio Bizantino y en el mundo islámico, por el contrario, se las utilizó profusamente en el estudio de la medicina.

No fue hasta Andrés Vesalio (*De humanis corporis fabrica*, 1543) y William Harvey (*De motu cordis et sanguinis in animalibus*, 1628), entre otros autores, que se empezaron a producir escritos que recogían los principios de la medicina galénica. Así, por ejemplo, este último emitió unas conclusiones muy razonables sobre la circulación que fundamentaban en los estudios de Galeno: “la sangre pasa por los pulmones y el corazón gracias al impulso de los ventrículos [...] es enviada al resto del cuerpo”.

Gracias a esta relectura de sus escritos, Galeno pudo volver a Europa Occidental tras el lapso que supuso la Edad Media.

3.- BIBLIOGRAFÍA

- AUTORES DIVERSOS (2010): *Las grandes plagas modernas*. Barcelona: Destino.
- BLACK, A. – PARKER, P. – REGAN, S. – WEEKS, M. (2016): *Medicina: la historia visual definitiva*. Londres: Dorling Kindersley.
- GARGANTILLA, P. (2011): *Breve historia de la medicina: del chamán a la gripe*. A. Madrid: Nowtilus.
- LAÍN ENTRALGO, P. (1972): *Historia universal de la medicina*. Barcelona: Salvat, 7 vols.
- LÓPEZ PIÑERO, J.M. (2002): *La medicina en la historia*. Madrid: Esfera de los Libros.
- LÓPEZ PIÑERO, J.M. (2017): *Breve historia de la medicina*. Madrid: Alianza.
- MARTUL, C. – MONTORO, J. (2017): *Historia de la medicina: atlas Ilustrado*. Madrid: Ediciones Susaeta.